

Revista Internacional del Instituto de Pensamiento Liberal

# El hambre, el deseo y los cuerpos: una crítica a la desigualdad desde el género y a la cotidianidad capitalista

Artículo de reflexión

*"En los extremos del sistema capitalista, el hambre adopta formas tan disímiles como igualmente violentas. Mientras millones de personas enfrentan a diario la imposibilidad de alimentarse una vez al día, otros sectores sociales se ven inmersos en discursos sobre dietas, ayunos intermitentes, control de calorías y lucha contra la adicción a la comida. Este contraste no es solo una paradoja, sino una manifestación brutal de la desigualdad estructural que regula quién puede comer, cuánto, cómo y para qué"* **(Hernández; 2026)**

# El hambre, el deseo y los cuerpos: una crítica a la desigualdad desde el género y a la cotidianidad capitalista

## Hunger, Desire, and Bodies: A Critique of Gender Inequality and Capitalist Everyday Life

Artículo de reflexión

*Autor:*
***Daniel Hernández Ortiz***
*Pontificia Universidad Javeriana*

ORCID: https://orcid.org/0009-0002-8827-0920
Correo electrónico: hernandez_daniel@javeriana.edu.co

*Recibido: 10-04-2026*
*Aceptado: 25-06-2026*



## Resumen

**Objetivo.** Analizar críticamente la desigualdad estructural en el capitalismo contemporáneo a partir de la interrelación entre hambre, género y vida cotidiana, examinando cómo las relaciones de poder configuran de manera diferenciada los cuerpos, los deseos, el trabajo y las condiciones materiales de existencia. **Método.** Se desarrolló un ensayo de reflexión crítica sustentado en el diálogo teórico con los aportes de Jacques Rancière, Hannah Arendt, Silvia Federici, Martín Caparrós y Pierre Bourdieu. El análisis se organizó en tres ejes: la distinción entre hambre estructural y hambre aspiracional; la invisibilización y posterior mercantilización del trabajo de cuidado históricamente asignado a las mujeres; y la explotación de los cuerpos femeninos como fuerza de trabajo y objetos de consumo dentro de las dinámicas capitalistas. **Resultados.** El análisis evidencia que el hambre trasciende su dimensión biológica y puede comprenderse como un fenómeno político y una expresión de relaciones estructurales de poder. Mientras el hambre estructural se vincula con la privación involuntaria y la supervivencia, el hambre aspiracional responde a mandatos estéticos y normativos que disciplinan los cuerpos y los deseos. Asimismo, se identifica que el trabajo de cuidado ha sido históricamente invisibilizado, feminizado y progresivamente incorporado a lógicas de mercantilización. Estas dinámicas se articulan con formas de explotación económica y simbólica de los cuerpos femeninos. **Conclusión.** La superación de las desigualdades asociadas con el hambre, el género y la precarización de la vida exige ir más allá de la redistribución de recursos materiales. La emancipación y la justicia social requieren cuestionar las relaciones de poder que organizan la cotidianidad, desnaturalizar la explotación de los cuerpos y los cuidados, y transformar las narrativas capitalistas que modelan los deseos y subordinan la vida a las dinámicas de acumulación económica.

**Palabras clave:** capitalismo, desigualdad, hambre, género, trabajo de cuidado, cuerpo, deseo.

## Abstract

**Objective.** To critically analyze structural inequality in contemporary capitalism through the interrelationship between hunger, gender, and everyday life, examining how power relations shape bodies, desires, labor, and material conditions of existence in differentiated ways. **Method.** A critical reflection essay was developed based on a theoretical dialogue with the contributions of Jacques Rancière, Hannah Arendt, Silvia Federici, Martín Caparrós, and Pierre Bourdieu. The analysis was organized around three main axes: the distinction between structural hunger and aspirational hunger; the invisibilization and subsequent commodification of care work historically assigned to women; and the exploitation of women's bodies as both labor power and objects of consumption within capitalist dynamics. **Results.** The analysis shows that hunger goes beyond its biological dimension and can be understood as a political phenomenon and an expression of structural power relations. While structural hunger is associated with involuntary deprivation and survival, aspirational hunger responds to aesthetic and normative mandates that discipline bodies and desires. Likewise, care work is identified as having been historically rendered invisible, feminized, and progressively incorporated into processes of commodification. These dynamics intersect with forms of economic and symbolic exploitation of women's bodies. **Conclusion.** Overcoming inequalities associated with hunger, gender, and the precarization of life requires going beyond the redistribution of material resources. Emancipation and social justice demand questioning the power relations that organize everyday life, denaturalizing the exploitation of

bodies and care work, and transforming capitalist narratives that shape desires and subordinate life to the dynamics of economic accumulation.

**Keywords:** capitalism, inequality, hunger, gender, care work, body, desire.

# Introducción

En el entramado desigual del mundo contemporáneo, el hambre emerge no solo como una condición material, sino como una tecnología del poder que modela los cuerpos, disciplina los deseos y delimita los horizontes de vida. Mientras en ciertos territorios y clases sociales se multiplican discursos de autocontrol alimenticio, dietas restrictivas y obsesión por el cuerpo delgado, en otros, el hambre real, brutal, crónica y estructural, define el día a día de millones de personas. Este ensayo parte de la constatación de esos paralelismos extremos, para indagar cómo el capitalismo contemporáneo articula sus lógicas de acumulación a través del cuerpo, del trabajo y, especialmente, de la reproducción de la desigualdad.

Más que una brecha económica, la desigualdad representa una grieta en la distribución de lo sensible; configuración de la coexistencia común, limitando la misma existencia en el sentido que (la distribución) divide en partes a quienes pueden actuar y quienes no, a quienes pueden hablar y a quienes no (Rancière, 2011, 2009, 2004), que divide no solo el acceso a recursos materiales, sino también al tiempo, al deseo y a la vida misma. En esa grieta, la diferencia entre sobrevivir y acumular capital se vuelve abismal,

y las vidas se organizan en torno a necesidades opuestas: unas urgentes, otras superfluas. El hambre, en este sentido, no es una carencia biológica universal, sino una construcción histórica que afecta diferencialmente a los cuerpos feminizados, racializados y empobrecidos.

A partir de referentes como Silvia Federici y Hannah Arendt, este ensayo también reflexiona sobre cómo el capitalismo ha negado sistemáticamente el valor del trabajo reproductivo, especialmente el cuidado, al tiempo que mercantiliza los cuerpos, y en especial los cuerpos de las mujeres como objeto de consumo, fuerza de trabajo y símbolo de estatus. De allí se deriva una contradicción central del sistema: mientras invisibiliza el trabajo de las mujeres en la esfera de la vida cotidiana, al mismo tiempo asigna valor de mercado al cuidado cuando este es tercerizado, reforzando jerarquías de clase y género.

Este ensayo propone entonces un análisis crítico del capitalismo a partir de tres ejes: el hambre como dispositivo de poder, la negación y mercantilización del cuidado, y la presión sobre los cuerpos femeninos como productos del mercado. Se buscará demostrar que las desigualdades materiales no pueden analizarse de forma aislada, sino en relación con los cuerpos que las sostienen, y con las formas de vida que se precarizan para sostener el bienestar de otros.

> En los extremos del sistema capitalista, el hambre adopta formas tan disímiles como igualmente violentas. Mientras millones de personas enfrentan a diario la imposibilidad de alimentarse una vez al día, otros sectores sociales se ven inmersos en discursos sobre dietas, ayunos intermitentes, control

de calorías y lucha contra la adicción a la comida. Este contraste no es solo una paradoja, sino una manifestación brutal de la desigualdad estructural que regula quién puede comer, cuánto, cómo y para qué. En su versión más cruel, el hambre se convierte en una frontera política: determina el valor de los cuerpos, condiciona el tiempo y define las posibilidades del deseo.

## El Hambre

El hambre no solo destruye; también es, en muchos contextos, una fuerza que moviliza. Ha sido motor de estallidos sociales, chispa de cambios, revoluciones y símbolo de resistencias. Sin embargo, en su versión más cotidiana, el hambre es un mecanismo de control: reduce a los cuerpos al presente inmediato, aniquila el deseo de futuro y obliga a conformarse con las sobras de un mundo que produce alimento suficiente para todos. Martín Caparrós (2021), en su libro El hambre, lo expresa sin rodeos: señala que la coexistencia entre quienes padecen desnutrición y quienes enfrentan problemas derivados del exceso de alimentación no es una simple coincidencia, sino una consecuencia directa de las lógicas desiguales del sistema económico global, "en la naturaleza no hay gordos". Esto revela un orden perverso: mientras millones no acceden a lo mínimo para sobrevivir, otros consumen en exceso, reflejando así una estructura de acumulación que convierte el alimento en mercancía y el

hambre en una condena estructural para quienes han sido excluidos del circuito del capital.

Pensar el hambre como síntoma individual o consecuencia de "mala suerte" es una narrativa funcional a esa misma lógica. La pobreza alimentaria no se distribuye al azar: responde a un orden social, económico y geopolítico profundamente jerarquizado, donde la concentración de tierras, la especulación con el grano y la dependencia tecnológica crean una estructura perversa que perpetúa la desnutrición y el hambre crónica. En muchas zonas de África, los sistemas agrícolas se asemejan en los niveles de productividad a los del imperio romano que a los del siglo XXI (Caparrós, 2021, p.49): arado manual, dependencia de semillas monopólicas y exposición total al mercado internacional de alimentos. El hambre, en estos escenarios, no es una catástrofe natural, sino una decisión política nacional e internacional sostenida en el tiempo.

Pero el hambre no solo se manifiesta en el plato vacío. También atraviesa el tiempo y el deseo. En contextos de exclusión estructural, el tiempo se convierte en un presente perpetuo: estableciendo una ficción[1] sin futuro imaginable, sin descanso, sin alternativas. Es un tiempo dominado por la urgencia, por la necesidad de sobrevivir un día más. En ese marco, los deseos no se proyectan en el largo plazo ni en el crecimiento individual, sino que se centran en resolver el hambre de hoy, en conseguir unas cuantas calorías, en sostener el cuerpo un poco más. La idea de tener hijos, en estos contextos, deja de ser una promesa de futuro de una estirpe para transformarse en una estrategia de supervivencia: quien cría hoy, espera ser cuidado mañana. El hambre, así, condiciona hasta la más íntima forma de relación humana (Caparrós, 2021, p.62).

1. Rancière (2004)

Y mientras tanto, en el otro extremo del sistema, el hambre se convierte en una práctica voluntaria, estética y normativa. La industria de la belleza, el culto a la delgadez, los regímenes alimenticios restrictivos y los discursos sobre el "cuerpo ideal" exigen una constante renuncia al alimento. En esos contextos, el hambre ya no es necesidad, sino virtud. Se convierte en una medida de autocontrol, en un signo de éxito. Esta contradicción pone en evidencia la dimensión simbólica del hambre: mientras para unos es violencia estructural, para otros es una herramienta de perfección personal. En ambos casos, el cuerpo es el campo de batalla donde se inscriben las lógicas del capital: unos se consumen, otros se consumen a sí mismos.

Así, el hambre no puede ser comprendida únicamente como una carencia biológica. Es una categoría política, económica y cultural que estructura el mundo, diferencia los cuerpos, define los deseos y reproduce la desigualdad. Entenderla en toda su complejidad es esencial para cuestionar el sistema que la produce, la reproduce y la normaliza.

## Capitalismo, género y trabajo

En ese sentido, al pensar sobre la desigualdad, resulta que el capitalismo además de construir un ordenamiento arbitrario, contradictorio, victimista y naturalizado, también resulta machista. En su obra La condición humana, Hannah Arendt (2018, 2021) establece una distinción fundamental entre tres tipos de actividad humana: la labor, el trabajo y la acción. Esta clasificación no solo es filosófica, sino política, en tanto revela cómo se han jerarquizado históricamente las formas de producir y sostener la vida. La labor es la actividad relacionada con la supervivencia

biológica: cocinar, limpiar, cuidar, alimentar; es decir, todo aquello que satisface necesidades básicas, biológicas y se agota en su realización. A diferencia del trabajo, que produce objetos relativamente duraderos, y de la acción, que se sitúa en el espacio público, la labor es cíclica, repetitiva y, según Arendt, la más desvalorizada. Sin embargo, aunque ella misma no lo desarrolla del todo[2], la labor tiene una dimensión política que resulta ineludible al analizar el rol de las mujeres en el sistema capitalista.

Históricamente, el capitalismo ha delegado la labor del cuidado y la reproducción biológica a las mujeres, sin reconocerla como trabajo productivo ni remunerarla. Al mismo tiempo, ha expulsado a las mujeres de los espacios del trabajo asalariado cuando así lo ha requerido, relegándolas al hogar y reforzando su dependencia económica del salario masculino. Esta configuración es lo que Silvia Federici (2021) conceptualiza como "patriarcado del salario": un orden social en el que el hombre asalariado no solo sostiene económicamente el hogar, sino que también ejerce control sobre el trabajo no remunerado de las mujeres, consolidando una jerarquía de género basada en la economía.

Esta división sexual del trabajo, una parte visible, asalariada y otra invisible, no asalariada, sostiene una violencia estructural que se naturaliza en la organización del hogar y del tiempo. En este escenario, las mujeres no solo reproducen la vida en términos materiales, sino también las relaciones de dominación que perpetúan la desigualdad. El trabajo doméstico, como forma de labor, se convierte en una cárcel temporal: una rutina sin fin, sin acumulación, sin reconocimiento, que encierra a las mujeres en el ámbito privado y limita su participación en lo público.

2. Cabe resaltar que Arendt (2018) sí hace énfasis sobre este aspecto en su crítica sobre Marx y la cuestión de libertad que atraviesa su pensamiento (p. 50-59).

La paradoja se profundiza cuando el mismo sistema que niega valor a la labor de cuidado exige, por razones de productividad y reinvención capitalista, la incorporación de las mujeres al mercado laboral. Para que esta incorporación sea posible, se terceriza el trabajo doméstico y del cuidado, trasladándolo a otras mujeres, casi siempre migrantes, racializadas, de bajos ingresos y en situación de vulnerabilidad. Así, el cuidado comienza a ser remunerado, pero no porque el sistema reconozca su valor intrínseco, sino porque es funcional a la lógica de acumulación y a la reproducción del capital.

Esta tercerización no elimina la desigualdad, sino que la redistribuye jerárquicamente. Al pagar por el trabajo de cuidado, el capitalismo no repara su deuda con las mujeres, sino que crea nuevas formas de explotación basadas en las diferencias de clase, género y raza. El cuerpo de una mujer de clase media o alta se libera de la "cárcel del cuidado" mediante el cuerpo de otra mujer que asume esa carga a cambio de una remuneración mínima. En este sentido, el capital no solo reproduce relaciones patriarcales, sino que las reinventa constantemente para sostenerse, creando mercados a partir de cuerpos, necesidades y tiempos feminizados.

Así, se configura una doble degradación del trabajo doméstico: primero, por no ser considerado trabajo cuando lo realiza la mujer en su propio hogar; y segundo, por ser mal remunerado y altamente precarizado cuando es ejecutado por otra mujer en condición de servicio. Esta contradicción revela el profundo carácter machista y excluyente del sistema capitalista, que relega a las mujeres a un lugar de producción sin reconocimiento, salvo cuando su labor se vuelve útil en términos de mercado.

# La mercantilización de los cuerpos

En el sistema capitalista, el cuerpo de las mujeres ocupa un lugar ambiguo y profundamente funcional: es simultáneamente fuerza de trabajo y objeto de consumo, lo que las sitúa en un espacio de doble explotación. Por un lado, se espera su ingreso al mercado laboral bajo las mismas reglas que cualquier trabajador explotable; por otro, sus cuerpos son apropiados como mercancías, vitrinas y servicios, inscribiéndolos en lógicas de circulación, valoración y uso que desdibujan su agencia. Esta tensión constante entre producir y ser producida, entre trabajar y ser trabajada, ha sido una de las marcas estructurales de la desigualdad de género dentro del capitalismo moderno.

Un ejemplo paradigmático de esta dinámica es la maternidad subrogada, que bajo discursos de libertad y empoderamiento, encubre formas brutales de explotación reproductiva. Como lo plantea Silvia Federici (2021, p.22), se intenta presentar esta práctica como una extensión del control de las mujeres sobre sus cuerpos, cuando en realidad responde a la lógica mercantil que no solo exige a las mujeres vender su fuerza de trabajo, sino también los productos de su procreación. En este modelo, el cuerpo femenino es despojado de su potencia creativa y reducido a un contenedor biológico al servicio de terceros: médicos, clínicas, familias contratantes. La capacidad de gestar es tratada como un proceso técnico externalizado, donde la mujer es marginal y su subjetividad irrelevante.

Este fenómeno expresa una de las mutaciones más sofisticadas del capital: la mercantilización del cuerpo como unidad de producción y como símbolo de valor. Y si el sistema puede apropiarse de la maternidad, también puede

apropiarse de los cuerpos mismos. La industria de la moda, la belleza y el entretenimiento ha sido el principal escenario de esta apropiación simbólica, en la cual los cuerpos femeninos se convierten en referentes aspiracionales que responden a estándares estéticos muchas veces incompatibles con una existencia saludable. El hambre, en este contexto, deja de ser una condición impuesta por la precariedad y se convierte en un objetivo: un signo de disciplina, control y pertenencia a una élite cultural.

> Este tipo de hambre simbólica no se impone desde la escasez, sino desde la abundancia: en sociedades donde el alimento abunda, se impone la necesidad de restringir su consumo para alcanzar la silueta ideal. A través de dietas restrictivas, ayunos intermitentes, discursos sobre el "cuerpo sano" y la glorificación de la delgadez, se naturaliza el autocastigo alimentario, especialmente sobre los cuerpos de las mujeres. En este orden, el hambre ya no es una tragedia que debe erradicarse, sino una práctica deseable, digna de ser alcanzada, promovida e incluso celebrada.

Este régimen estético y corporal está profundamente marcado por la clase, el género y la raza. Las mujeres que logran aproximarse al ideal estético del capitalismo son aquellas que pueden invertir tiempo, dinero y recursos en la gestión de su imagen. Mientras tanto, las mujeres empobrecidas, de nuevo, muchas de ellas racializadas y migrantes, son las que permiten esa imagen a través del trabajo de cuidado, de limpieza, de cocina, de asistencia. Así, la desigualdad estructural se convierte también en una

desigualdad estética, donde el cuerpo se vuelve una vitrina de capital.

La mercantilización de los cuerpos, no solo es económica. Es también simbólica, afectiva y política. Coloniza el deseo, define los límites de la belleza, y construye una narrativa donde el hambre deja de ser una urgencia para convertirse en un objetivo. Denunciar esta lógica implica reconocer que los cuerpos, y en especial los cuerpos de las mujeres, han sido ubicados en el centro del engranaje capitalista no sólo como sujetos productivos, sino como superficies de control, explotación y consumo.

## El deseo como producción social

Como hemos visto, el hambre y el capitalismo moldean los cuerpos, el tiempo y los deseos. El deseo no es una pulsión natural ni un fenómeno puramente individual: es una construcción social profundamente condicionada por las relaciones de poder, por las lógicas del mercado y por las formas de vida que nos son impuestas o negadas. En contextos de desigualdad radical, como los que hemos analizado, el deseo no se escapa de las estructuras que configuran el hambre, sino que se moldea conforme a ellas. Por eso, pensar el deseo desde la economía política del hambre permite distinguir dos formas aparentemente opuestas pero profundamente conectadas: el hambre estructural, que es forzada e involuntaria, y el hambre aspiracional, que es voluntaria y normativa.

En los márgenes de la sociedad, el hambre estructural configura los deseos desde la escasez y la urgencia. Los cuerpos hambrientos no desean por placer, sino por necesidad; no proyectan, sobreviven. Los deseos en estas

condiciones están orientados a lo inmediato: comer una vez al día, tener una vaca que dé leche, una res para arar el campo, asegurar el alimento de los hijos. La imaginación queda cautiva del presente y los anhelos se construyen desde lo mínimo. Este tipo de deseo, atravesado por la pobreza, se ve mediado por la obligación de garantizar la supervivencia biológica. No se desea elegir, sino apenas sostenerse.

En contraste, en contextos de abundancia relativa y consumo masivo, el deseo se reconfigura desde la lógica de la escasez simbólica. El mercado impone constantemente imágenes de lo que "deberíamos" ser, tener o parecer, y en ese proceso el hambre se transforma en una aspiración estética, un signo de autocontrol y de estatus. En este régimen, las mujeres, principalmente, son interpeladas por modelos de belleza imposibles, que solo se alcanzan mediante la renuncia, la restricción alimentaria, el castigo corporal. Así, el deseo se convierte en hambre elegida, pero bajo una presión simbólica constante: quien no se ajusta, no pertenece.

Lo que ambas formas de hambre comparten es su condición de deseo condicionado: tanto en la miseria como en el consumo, el deseo no nace libre, sino estructurado. En un caso, se ve reducido por la falta de medios; en el otro, se ve guiado por la abundancia manipulada. Pierre Bourdieu (1984) advirtió que el gusto y el deseo están profundamente marcados por el capital cultural y económico, lo que significa que incluso el "querer" está socialmente determinado. El capitalismo no sólo produce objetos, sino que fabrica necesidades, moldea deseos y jerarquiza aspiraciones.

> Lo que en una comunidad representa el deseo de comprar una res para asegurar leche y trabajo en un campo minúsculo, en otra se transforma en el deseo de habitar un cuerpo delgado, sin grasa,

sin hambre visible. En ambos casos, los cuerpos son domesticados por el mercado, pero desde lógicas distintas. En el primer caso, el cuerpo es explotado hasta el límite de la supervivencia. En el segundo, es esculpido y vaciado de necesidades hasta convertirse en imagen. Pero ambos están atravesados por la misma maquinaria: la de producir sujetos útiles al capital.

Además, el deseo aspiracional, como hambre simbólica, genera frustración constante. No se trata de desear lo que se puede alcanzar, sino de perseguir lo que siempre está un poco más allá, lo que solo unos pocos pueden tener. Es un deseo que mantiene a los sujetos endeudados emocionalmente, física y financieramente con una promesa de plenitud que nunca se cumple. Mientras tanto, quienes habitan el hambre estructural ni siquiera pueden desear salir de ella sin enfrentar barreras sociales, históricas y políticas que limitan su movilidad y agencia.

En definitiva, el deseo, tanto en su forma básica como aspiracional, se convierte en una tecnología del poder que opera sobre los cuerpos, condiciona las trayectorias de vida y reproduce las desigualdades. Entender el deseo como producción social es reconocer que incluso lo más íntimo está colonizado por el capital. La emancipación, entonces, no pasa solo por redistribuir recursos, sino también por descolonizar el deseo, abrir otros futuros posibles y dignificar formas de vida no mediadas por el consumo, la restricción o la precariedad.

# Conclusión

El hambre, lejos de ser una mera condición biológica o una tragedia aislada, se revela como una categoría política y estructural que organiza el mundo en función de la desigualdad. A lo largo de este ensayo podemos ver cómo, bajo las lógicas del capitalismo contemporáneo, el hambre adopta formas materiales, que condenan a millones a la desnutrición y a la pobreza, pero también formas simbólicas, como el hambre aspiracional que impone el mercado sobre los cuerpos, especialmente los cuerpos feminizados. Esta doble dimensión alimenta una violencia cotidiana que atraviesa no solo el acceso desigual a los recursos, sino también la manera en que se distribuyen el tiempo, el deseo y la posibilidad misma de imaginar el futuro.

El análisis desde las categorías propuestas permite visibilizar cómo la labor del cuidado y la reproducción ha sido históricamente invisibilizada por el capital, asignada a las mujeres como una carga natural, sin reconocimiento ni remuneración. A su vez, la crítica de Silvia Federici ilumina cómo esa exclusión ha sido funcional a la consolidación de un "patriarcado del salario", en el que los cuerpos de las mujeres son al mismo tiempo fuerza productiva y objetos de control. Esta contradicción se profundiza con la mercantilización de la maternidad y de la imagen corporal, donde el capitalismo transforma incluso las funciones más íntimas de la vida en bienes transables.

> El deseo, en este marco, no escapa al orden de la producción. Ya sea el deseo urgente de saciar el hambre estructural,

> o el deseo inducido de alcanzar cuerpos imposibles, ambos están moldeados por una economía que regula lo que se puede querer y lo que se debe rechazar. Descolonizar el deseo y romper con la lógica del hambre, en todas sus formas, es parte esencial de cualquier proyecto político emancipador.

Por tanto, repensar el hambre no es solo una cuestión de justicia alimentaria, sino de justicia social, de género y de existencia. Es necesario desmontar las narrativas que naturalizan la escasez para unos y la abundancia para otros, que invisibilizan el trabajo del cuidado y que fetichiza los cuerpos como mercancía, por lo que la desigualdad no es una consecuencia inevitable del progreso económico, sino el resultado de decisiones políticas y sociales concretas (Atkinson, 2016). Solo así será posible imaginar y construir otras formas de vida donde el alimento, el tiempo, el cuerpo y el deseo no estén al servicio del capital, sino de la dignidad humana.

## Referencias


- Arendt, H. (2018). *La condición humana* (13.ª ed.). Paidós.
- Atkinson, A. B. (2016). *Desigualdad: ¿Qué podemos hacer?* Fondo de cultura económica.
- Bourdieu, P. (2012). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus.
- Caparrós, M. (2014). *El hambre*. De Bolsillo.

- Federici, S. (2021). *El patriarcado del salario: críticas feministas al marxismo*. Traficantes de Sueños.

- Rancière, J. (2011). El malestar en la estética. Capital intelectual B.A.

- Rancière, J. (2009). El reparto de lo sensible. Estética y política (1st ed.). Lom ediciones.

- Rancière, J. (2004). The politics of aesthetics. The distribution of sensible. The Distribution of the Sensible: Politics and Aesthetics Artistic Regimes and the Shortcomings of the Notion. G. Rockhill (Ed.).


